

Sabat Ercasty, en persona

Había entregado ya este trabajo a la imprenta cuando un día, posterior al que el poeta cumplió noventa años, Tomás Brena, lúcido exégeta de la obra de Sabat, me indicó:

—Vaya a verlo a don Carlos. El se sentirá feliz.

Por razones que se comprenderán, no había querido hacerlo mientras escribía. Ahora lo haría para solazarme nuevamente con el emocionante paisaje moral de su persona.

Entré, pues, en su casa, acogido por la gentileza de su esposa, Violeta Gladys Tubino. Al instante emergió don Carlos, sonriente, haciendo sonar los metales nobilísimos de su bella voz, iluminándonos con su mirada azul.

Ya se ha descrito el apartamento del Corcón donde vive el matrimonio: Pequeño, modesto, cargado de libros, de dibujos, de retratos. En una de las habitaciones que da a la calle, su viejo escritorio de roble. Algún día, esto será un museo, que mostrará a otras generaciones el lugar donde ha creado obras admirables un gran poeta y, también la pobreza austera en que vivió un hombre tan digno.

Siempre me ha sido difícil hablarle a Sabat; me parece que al hacerlo me robo a mí mismo el placer de escucharlo y, en cierta medida, interrumpo la debida reverencia.

Así, pues, cuando don Carlos comenzó a hablar me sentí doblemente feliz: Lo escuchaba y mi silencio decía, más que cualquier palabra, cuánto respeto, admiración y cariño tengo —y tienen miles de uruguayos— por este gran viejo.

Era el mismo que oí hace diez años hablando —frente a Pablo Neruda— de su pobreza y de su independencia, en una lección de cómo un gran poeta puede ser, a la vez, un gran ciudadano; el mismo que hace más de veinte años conmovió a los muchachos del Liceo de Treinta y Tres con un discurso sobre la Democracia, mientras Pedro Leandro Ipuche, emocionado a pesar de la severidad de su rostro, exclamaba:

—Carlos es una cumbre moral, refiriéndose, obviamente, a la armonía entre el talento de creador y la austeridad de su vida.

Los años han respetado su estatura eminente, el vigor de su rostro, la cálida limpidez de su voz, la rítmica flexibilidad de sus manos, la potencia de su musculatura.

De pie —no quería sentarse e insistía para que yo lo hiciera, lo que resultó, naturalmente, imposible— empezó a desgarrar recuerdos: Había conocido a mi padre en la casa del hermano de Horacio Abadie Santos, su condiscípulo y amigo, a comienzos del siglo. Por ahí vino el recuerdo, emocionado, de Batlle y el de Cuestas, con su guardia militar, su mal humor, sus enfermedades; el de Melitón Muñoz, caudillo canario; el de su propio padre, maestro de esgrima, en cuya pedana el adolescente Sabat conoció a un gran esgrimista que sor-

prendió, luego, por su combatividad y el preciso dominio de las armas, a expertos europeos: Carlos Reyles, que distinguía con su afecto al muchacho rubio que le alcanzaba sable y guante.

Recordó, también, la vestimenta de los poetas en su época juvenil, los grandes sombreros, los corbatones. El dandismo de Roberto de las Carreras y Julio Herrera y Reissig.

—Yo, precisa, no era dandy. Era bohemio. Era y soy un demócrata.

Aquí está el uruguayo integral que es Sabat, inmerso en las tradiciones y el espíritu de la Nación sin renunciar a vivirlas y sentirlas. Sin ser político militante no se ha escudado en privilegios elitistas para servir a la Democracia: sus Himnos así lo dicen; lo dicen algunas de sus bellas y románticas actitudes cívicas. Por amor a pueblo de la Biblia, que es también un país pequeño y democrático, ha presidido por largos años el Instituto Cultural Uruguay-Israel. Ama a su pueblo, a su tierra y a las causas del hombre.

Luego se deslizo en sus temas: Tales de Mileto, Heidegger; el penduleo creador entre las cumbres y las cimas del optimismo y el pesimismo, el misticismo, como altísima expresión de la Poesía; en fin, el mundo sabatiano, el inmenso mundo sabatiano.

Puesto de pie, escribe una dedicatoria que me honra y me entrega los Sonetos de las Agonías y los Extasis, que editó la Academia —ciento cincuenta sonetos escritos en el correr de estos últimos meses.

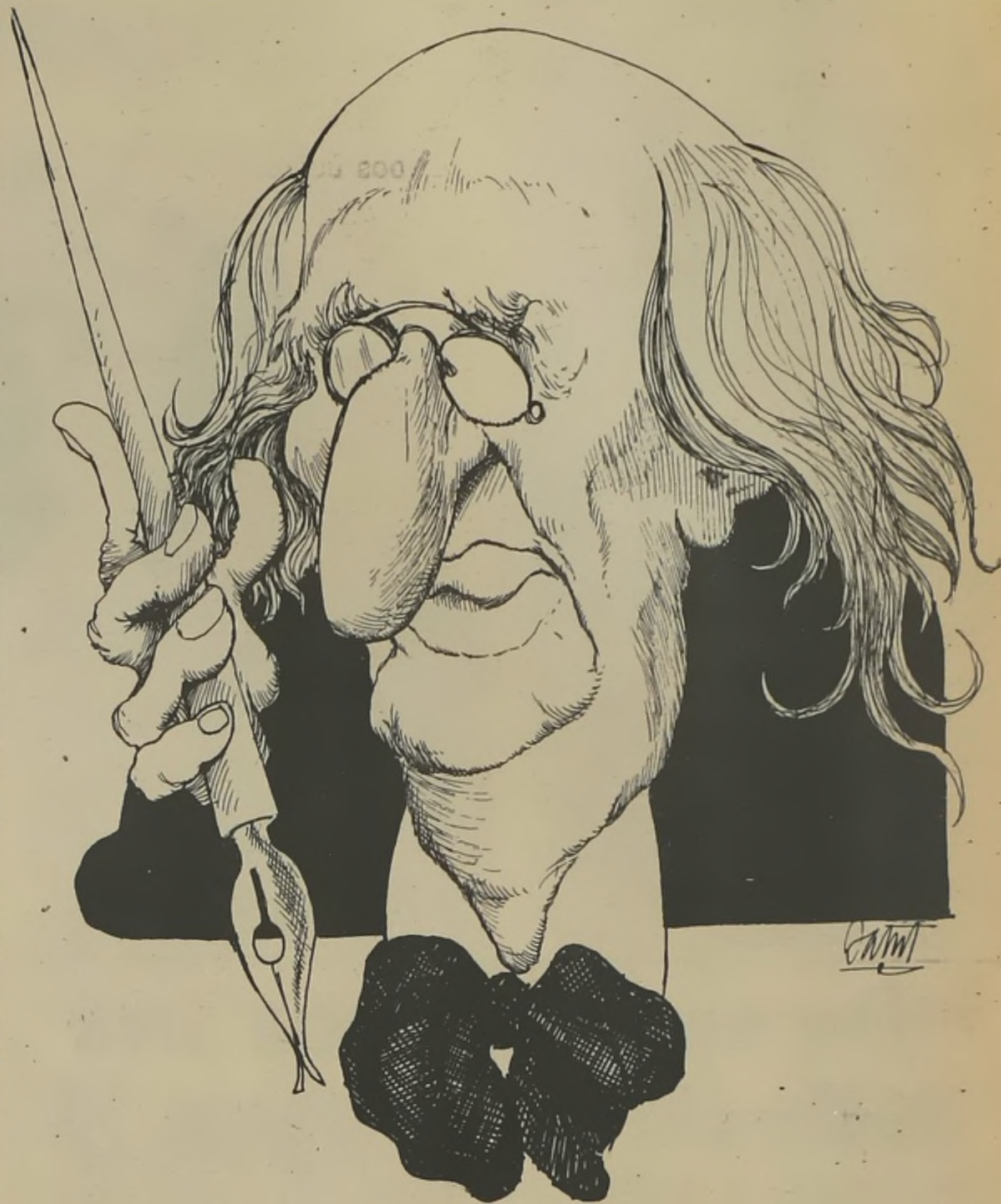
Recuerda los días brevísimos en que compuso la Sinfonía del Río Uruguay y el desfallecimiento con que pagó este increíble esfuerzo. El ha pagado siempre sus dolores de hombre y sus esfuerzos de creador con desmayos de los que ha resurgido, siempre, victorioso.

Solicito, me acompaña hasta la puerta —Violeta, que se ha movido dulce y discretamente, ha salido a la calle por algún menester hogareño— y me abraza con sus brazos de titán.

Me voy, sintiendo que la luz es más clara y mi alma más ancha.

Luis Hierro Gambardella

(Del ensayo "Carlos Sabat Ercasty, testigo y protagonista del proceso espiritual uruguayo", 1977).



El hombre, su figura y su obra

Se le ha llamado poeta oceánico, o más todavía, poeta cosmogónico, no solamente por la temática que frecuentaba, sino también por la vastedad y construcción de su obra.

Carlos Sabat Ercasty (1887-1982) se cuenta entre los escritores más prolíficos de América. Es ya casi tradicional mencionar el hecho —muy significativo, por cierto— de haber sido uno de los inspiradores más importantes de Pablo Neruda, sobre todo en sus etapas juveniles. Al respecto hay una famosa carta del poeta chileno, donde reconoce abiertamente la cuota de paternidad intelectual y poética que le corresponde a nuestro Sabat Ercasty.

Su obra es, en realidad, enorme. En 1917 irrumpe con un libro (sobre el que debe dudarse antes de calificar como juvenil) titulado *Pantheos*. La escritura de este libro se acerca —exclusivamente por lo desbordante y enumerativo— a Whitman, pero el parentesco no va más allá, ya que la problemática del libro es de corte metafísico.

Como sucedió con muchas otras obras de escritores nacionales, este libro sería leído por unos pocos. En la primera edición de *Pantheos* (O.M. Bertani Editor, Montevideo, 1917) advierte el editor de la obra "Miles de tomos que contienen los mejores versos y las más exquisitas prosas de mis editados, esperan a brazos abiertos la lle-

gada de este nuevo compañero que irá a compartir con ellos, en los polvorientos escaparates de las obras nacionales, la gloria de no ser leído".

Sabat Ercasty insiste luego en 1921, comenzando la edición de una larga serie, llamada *Poemas del Hombre* compuesto de varios libros: *Libro del Mar* (1922), *Libro del Amor*, *Sinfonía del Río Uruguay* (1937), *Libro de la Enseñanza* (1947), *Libro de Eva Inmortal* (1947), *Libro de José Martí* (1953), *Libro de los Mensajes* (1958).

Al mismo tiempo que iban apareciendo los distintos libros de esta serie, Sabat publica en forma independiente otros volúmenes. Así, aparecieron: *Eglogas y Paisajes Marinos* (1922), *Vidas* (1923), *El Vuelo de la Noche* (1925).

En 1929 su poética busca una formulación más contenida y encuentra la brevedad del soneto, publicando uno de sus libros más concisos y más admirados por la crítica, *Los Adioses*.

En ese mismo año aparecen *Los Juegos de la Frente* especie de prosa poética con el tono desbordante característico del autor.

Y los volúmenes se siguen sucediendo: *Lirida* (1933), *Cántico desde mi Muerte* (1940), *Artemisa* (1941), *Romances de la Soledad* (1944), *Las Sombras Diáfanas* (1947), *Libro de los Cánticos* (1948), *Sonetos Ecuatorianos y Sonetos*

Chilenos (1958).

Sabat también frecuentó la crítica, una crítica exaltada (y por momentos ditiámbica) muy al uso en la época. Sobre estas incursiones críticas particularmente fervientes y repletas de entusiasmo ha quedado testimonio en *Retratos de Fuego*, libro dividido en dos extensos volúmenes. Allí se trazan las figuras de —entre otras— Carlos y María Eugenia Vaz Ferreira.

Los dos poemas dramáticos completan esta panorámica que no es exhaustiva a pesar de los numerosos títulos citados. Estos poemas dramáticos son *El Demonio de Don Juan* (1934) y *Prometeo* (1952).

Cabría aquí citar la opinión del crítico Prof. Luis Bordoli, que puede servir a manera de breve guía o manual para penetrar sin sobresaltos en una obra de dimensiones tan dilatadas como es la de Sabat Ercasty: "Sabat es un poeta difícil de leer. Pero si dócilmente —sin hacerle preguntas— nos dejamos llevar por la corriente de sus versos, podremos sentir ese modo que Parra llamaba succionador y que nosotros sentimos más bien como un efecto excitante, dentro del cual deja de amedrentarnos ya la longitud del poema; y hasta la deseamos, porque nos hace respirar en un aire de grandeza, temblores y succulencia cósmicas".

R. C.

De "Vidas"

PUBLICADO EN MONTEVIDEO,
EN 1923

No hay un ser donde el fuego no dance y la luz no cruce por sus ríos desnudos. El fulgor que me enneguece y la brasa que me quema corren multiplicadas por ciudades y océanos. Me he puesto frente a los seres como ante un río incesante. En el insecto y en el hombre las aguas sublimes y las aguas oscuras se mezclan. La luz de los astros se abraza a las tinieblas del polvo. Trabajando en lo bajo, lo alto nos crea y nos mantiene. Precede a todo germen una nupcialidad infinita. El Sol es un león de luz y la Tierra es una leona de un bronce sombrío. A su entraña de metal y piedra entran los fuegos celestes. La primavera es el deseo gozoso y el alto mediodía es una cópula.

Carlos Sabat Ercasty